

sostén, la verdadera fuente de su fuerza, y de tal modo se engrandecerá, que la tierra entera será demasiado estrecha para él.

Si el hombre es pequeño, el cristiano puede ser muy grande al sentirse unido, como un miembro viviente de Cristo á su cabeza. En este caso, no es ya una rama aislada, medio seca, sino que es una rama completamente verde del gran árbol de la vida, cuyas raíces profundizan en la tierra, pero cuya cima se eleva hasta el trono de Dios, y cuyas ramas se extienden hasta las extremidades del universo. Entonces es cuando se convierte en miembro digno de esta sublime sociedad constituida por todos los hombres nobles, puros y fuertes, la cual tiene por jefe al Hijo de Dios mismo encarnado, y por miembros lo escogido de la humanidad.

¡Ah, de cuán diferente modo comprenderían los hombres la vida, y cuán fielmente cumplirían sus deberes, y con qué ardor emprenderían las cosas más grandes, si se familiarizasen con este modo de ver, como lo han hecho los santos!

Cierto día, vió Santa Francisca Romana la santa humanidad de Jesucristo rodeada de un esplendor que deslumbraba sus ojos. Aparecían ante el Salvador su Santísima Madre, los Apóstoles y el ejército de los santos resplandecientes de luz. Todas las virtudes y todas las acciones heroicas, por medio de las cuales habían honrado y ennoblecido su raza los elegidos, dábanse cita allí: la misericordia, la dulzura, la justicia, la prudencia, la fuerza, la caridad. Unas tras otras ofrecían alabanzas al Dios misericordioso por haberlas vuelto á colocar, por medio de la encarnación de Jesucristo, en la tierra, de donde habían sido expulsadas. Desde entonces, ya no aparecían aisladas aquí y allá, sino que tenían la dicha de poder morar entre los hombres, y realizar, por medio de ellas, acciones tales, que los tronos vacíos en el cielo por la caída de los ángeles, iban llenándose sin cesar. Levantáronse luego todos los santos, y, llenos de júbilo indescriptible, dieron gracias al

Señor por las fuerzas y las virtudes que les había dado, porque, con ellas, habían podido realizar hechos que los hacían semejantes á los mismos espíritus puros. Entonces la Reina del Cielo, la más grande de todos los santos, volvióse hacia ellos y dijo: «Mirad, cada alma puede participar de estas virtudes; para ello, no tiene más que unirse de todo corazón, con los lazos del más puro amor, al Hijo de Dios, pues recibe gracia de su parte, y realiza acciones de un mérito eternamente durable, en la misma medida que se une á Él y le ama fielmente. <sup>(1)</sup>

Francisca Romana comprendió en donde se encontraba la fuente de la grandeza y de la fuerza, obró en consecuencia, y también ella se convirtió en santa.

Millares de otras almas lo han comprendido como ella, y han logrado la misma santidad; y todo el que lo comprenda será igualmente santo de conformidad con los dones que haya recibido. Todas pueden llegar á la perfección, no obstante su debilidad, y, con pequeñas cosas, cada cual puede realizar grandes cosas, si busca únicamente su fuerza allí donde únicamente puede encontrarla, en Aquél de quién se ha dicho: «¡Oh Cristo, señor y conservador de los mundos como del tiempo! Los insensatos de corazón orgulloso se creen suficientemente fuertes para prescindir de ti en la obra de su salvación. Pero, por sólido que sea un edificio, no se sostendrá en pie, porque no eres tú, Señor, quien ha dirigido los trabajos y preparado el cemento destinado á unir las piedras. Sólo cuando tú, palabra eterna, bendices la primera piedra de un edificio, durará éste eternamente. Sí; ¡oh Señor!, todo lo que construyan sin ti los hombres, se apresurará á convertirse en ruinas. Ven, pues, ¡oh artista divino!, para que el mundo entero vea á Aquél que hace verdaderamente milagros». <sup>(2)</sup>

(1) Mattiotti, *Vita S. Franc. Rom.*, 2, 23, 60 y sig.

(2) Cynewulf, *Christ.*, 1, 1 y sig.